



CRÓNICAS

IN MEMORIAM:

P. PABLO SAENZ, OSB



El pasado martes 16 de marzo, a horas del mediodía, falleció en Luján, Buenos Aires, Argentina, el P. Pablo Saenz, osb, a sus 95 años de edad, 70 de profesión monástica y 64 de sacerdocio.

Procedente de una familia cristiana de la que siempre han surgido vocaciones sacerdotales y religiosas, había nacido en Buenos Aires el 23 de enero de 1926, hijo de Carlos A. Saenz y Pura Torres, el

tercero de un total de cinco hermanos, tres mujeres y dos varones. Tras terminar sus estudios primarios y secundarios en un colegio de los Hermanos Maristas, hizo el servicio militar obligatorio en el Regimiento de Granaderos a Caballo (fundado por el Gral. San Martín, curiosamente, también un 16 de marzo) y estudió algunos años de abogacía. Su parroquia de origen fue San Benito, en el barrio de Belgrano, perteneciente al monasterio benedictino que más tarde se trasladaría a Luján, no obstante lo cual prefirió pedir su admisión a la vida monástica en la Abadía del Niño Dios, Victoria, Entre Ríos, ingresando allí el 21 de noviembre de





1948: ansiaba un entorno más retirado que el que podía proveerle el monasterio bonaerense, puesto que éste tenía un perfil ya definitivamente urbano y estaba implicado en numerosas actividades apostólicas, además de que representaba para él un ambiente demasiado familiar (era el ámbito religioso de toda su vida¹, y sus padres y hermanos eran muy cercanos a la comunidad²).

En Niño Dios lo marcó decisivamente la impronta del entonces abad, el Rmo. P. Salvador Laborde (+ 1953), a quien siempre recordaría como poseedor de un extraordinario espíritu monástico. De él recibió el hábito benedictino y en sus manos hizo su primera profesión el 21 de abril de 1950; tres años más tarde emitió sus votos solemnes.

Al P. Pablo se lo puede considerar uno de los fundadores de la Abadía de Cristo Rey, del Siambón, Tucumán, pues allí fue enviado para terminar de conformar la comunidad inicial en 1956, año en que además fue ordenado sacerdote (el 30 de diciembre) en la catedral diocesana sita en la capital de esa provincia por el futuro Card. Juan Carlos Aramburu (+ 2004), entonces obispo del lugar.

Poco tiempo después fue enviado a proseguir sus estudios a la escuela teológica de la Abadía de San Anselmo, Roma –entonces en su esplendor académico–, en donde tuvo profesores de la talla de dom Cipriano Vagaggini (+ 1999) y dom Jean Leclercq (+ 1993). Se especializó en teología con san Bernardo.

Durante su estancia en la Ciudad Eterna, en la celebración de la fiesta de la Conversión de san Pablo del 25 de enero de 1959, se encontraba en la abadía de San Pablo Extramuros cuando el papa Juan XXIII anunció allí la convocatoria de

1 Allí recibió los sacramentos de la iniciación cristiana.

2 Muy especialmente su padre, que era reconocido feligrés. Abogado, tuvo destacada actuación en los famosos Cursos de Cultura Católica, que habrían de dar origen a la Universidad Católica Argentina (a la vez era sobrino tataranieto del Pbro. Antonio Saenz, fundador y primer rector de la Universidad de Buenos Aires –y que como diputado en el Congreso de Tucumán de 1816 firmó la Declaración de la Independencia de Argentina–). Iniciador de, al menos, dos revistas, cultivó con aplicación el estudio teológico y filosófico (“El renacimiento escolástico en Buenos Aires está ligado a los nombres de Tomás Casares, Carlos Saenz y Cesar Pico”, dice Alberto Caturelli en *La filosofía en la Argentina actual*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, 221) y también la literatura, dejando una considerable obra poética y varias traducciones en diversos idiomas, muy valoradas en su época. Sin duda marcó una impronta indeleble en el P. Pablo, quien conservó hasta su muerte un pequeño cuadro con sendas fotografías de sus padres, colgado junto a su escritorio.





un concilio ecuménico para la Iglesia universal. “Estábamos en el coro y debimos hacer grandes esfuerzos para concluir, del mejor modo, nuestro canto. Fue una sorpresa extraordinaria, nadie lo imaginaba”, decía.

De regreso en aquel cenobio argentino de su estabilidad, escribiría más tarde el libro *Diálogo del silencio. Monjes en la Iglesia de hoy* (1967), en donde expone su concepción de la vida monástica benedictina. “Escrito en el monasterio de Cristo Rey, del Siambón, lleva naturalmente el sello del espíritu de esta comunidad”³, dice allí, en sus últimas páginas. Esa afirmación expresa un dato no menor sino muy significativo, pues tal espíritu era todo un ideal que, desde los años fundacionales, él y sus hermanos monjes se habían propuesto plasmar y aun quizás recuperar: el de los orígenes de los monasterios franceses de la Congregación Sublacense, a la que Niño Dios y El Siambón aún pertenecían. El que inspiró la vida monástica disciplinada y austera de la entonces tan admirada por ellos comunidad del Monasterio de la Pierre-qui-Vire.

Eran tiempos de una renovación monástica “que, como todo brote auténtico, toma su vigor de las más profundas raíces”, dirigiéndose “casi instintivamente a los medios que usa la espiritualidad primitiva”⁴. En el Cono Sur de América, para toda una nueva y concorde generación de monjes y monjas oriundos ya de estas tierras, tenía mayor significación y resonancia teologal el mensaje conciso y contundente de las pequeñas historias y breves sentencias de la literatura monástica antigua, tomando siempre como guía el Evangelio, que las líneas de espiritualidad algo espurias en las que la orden monástica había estado abrevando en occidente desde hacía ya varios siglos. En cuanto al P. Pablo, ya desde sus comienzos monásticos en Niño Dios había asumido a Casiano como un maestro de primer orden en la búsqueda de una renovada fidelidad a la *Regla* de san Benito. Había descubierto allí, como por casualidad, arrumbadas en anaqueles apartados de la biblioteca, sus *Colaciones e Instituciones*. Quizás en los noviciados de aquella época, al menos en nuestra región, no se enseñaban esas obras, pese a la recomendación benedictina de RB 73.

En ese contexto de regeneración, fue testigo y partícipe del nacimiento de la Conferencia de Comunidades Monásticas del Cono Sur (SURCO), así como de

3 P. SAENZ, *Diálogo del silencio. Monjes en la Iglesia de hoy*, Buenos Aires, Latinoamérica-Libros, 1967, 168.

4 *Ibid.*, 89.



los primeros esfuerzos tendientes a la constitución de lo que sería la Congregación benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur (sin ir más lejos, al formarse la Pre-Congregación fue elegido Consejero), y uno de los iniciadores de *Cuadernos Monásticos*, como miembro del Consejo de Redacción desde el primer número. En esta y en otras revistas publicó varios artículos.

Sin embargo, la firme adhesión a lo que su conciencia le indicaba que debía practicar y hacer valer en fidelidad y amor a los valores monásticos que había profesado y que ciertamente trató de vivir siempre con la mayor entrega, lo llevó a uno de los momentos más dolorosos de su vida: la crisis posconciliar creó tal situación en su comunidad que sus superiores consideraron conveniente que abandonara por un tiempo el monasterio del Siambón⁵. Esta decisión la vivió como una cruz, que con el paso de los años se convirtió para él en una experiencia nueva y más profunda del amor de Dios⁶, que era lo que tanto atraía a quienes escuchaban sus homilias y retiros y recibían su acompañamiento espiritual.

De manera que en 1971 se trasladó a la Abadía de San Benito, en la nueva sede de Luján, en donde fue Prior casi ininterrumpidamente hasta el 2005, y también Maestro de novicios. Allí se mostró siempre como un monje sobrio, austero, equilibrado, ejemplar⁷. Pronto, sin buscarlo y hasta el final de su vida, se encontraría en la coyuntura de ser considerado un anciano espiritual para sus nuevos hermanos, y esto no solo aunque fundamentalmente por ese talante suyo al que recién nos referíamos, sino también porque el traslado del Monasterio de Buenos Aires a Luján implicó una suerte de refundación que configuró una comunidad que si nunca fue muy numerosa, siempre se mantuvo joven, por lo cual él normalmente duplicó el promedio de edad de los demás monjes.

5 “Sus posiciones más tradicionalistas habían chocado con las miras de los que se sentían «avanzados»”, escribió el P. Mauro Matthei, de la Abadía de Las Condes, Chile, en un ensayo histórico escrito en 2001 con ocasión del 25° aniversario de la Congregación. El entrecomillado es del original.

6 Recorriendo ese camino de purificación y entrega a la Providencia divina, al celebrar ya sus sesenta años de profesión monástica, le surgió hacerle este comentario a una de sus penitentes: “Te pido que reces un avemaría para que la Virgen le diga al Señor que estoy contentísimo con su misericordia, que no se cansa nunca, que es nuestra alegría y nuestra paz”.

7 Por su parte, y en relación con el conflicto anterior, el P. Mauro Matthei indica que, como el entonces P. Prior Martín de Elizalde lo recibiera en su comunidad de San Benito, el P. Pablo pudo dar allí amplias muestras de sus buenas disposiciones, “hasta el día de hoy” (se refiere al momento de escribir su texto, el año 2001).



Dado su don de discernimiento de espíritus, su prudencia y sentido común, y su gran misericordia hacia la miseria humana, fue el consejero buscado por muchos sacerdotes, religiosas y laicos: en él siempre se podía hallar la pronta cordialidad y el sabio consejo del auténtico benedictino. No fueron pocos quienes encontraron con él su vocación. Fue confesor en la Abadía de Santa Escolástica (Victoria, Buenos Aires) y en otras varias comunidades de vida consagrada, alentó los inicios de las nuevas fundaciones monásticas y religiosas y predicó una buena cantidad de retiros.

Excelente profesor de griego, latín (en el que era muy versado) y teología –Cristología, Gracia–, fue, como ya se insinuó, un gran transmisor (y traductor) de Juan Casiano. Asimismo, se hizo célebre su traducción de la Regla de san Benito.

Trabajador incansable y metódico, hizo mucho por su monasterio como carpintero, y en sus últimos años se destacó como encuadernador. También se dedicó a la pintura –consideraba a Juan A. Ballester Peña (+ 1978), a quien conoció en El Siambón, su principal maestro–, al grabado y a la talla en madera, desarrollando, en el conjunto de esas artes, un estilo propio.

Transcurrió la última etapa de su vida en paz, asistido en todo momento por sus hermanos, consolado por el amor fraterno, llevando su característica sonrisa y el rostro iluminado por la alegría que brotaba de su interior; como un hombre de Dios que conservaba la frescura de un niño, dispuesto, como siempre, a lo que el Señor le pidiera.

De constitución física algo endeble pero de muy buena salud, sus achaques se fueron multiplicando, sin embargo, desde mediados de 2020. Había dado positivo de Covid-19 a comienzos de marzo de este año, y en un principio el virus no lo había afectado más que con leves síntomas, pero en sus últimos días fue disminuyendo su nivel de oxígeno en sangre, y finalmente fue necesaria su internación en una clínica de Luján, en donde murió apenas llegado, el día en que se celebra la memoria de san José Gabriel del Rosario Brochero, el último santo canonizado de la Argentina. Había sobrevenido el momento en que el oxígeno de aquí abajo ya no era suficiente para sus ambiciosos pulmones, por eso Dios quiso llamarlo a su encuentro a respirar mejores aires, desde donde intercede por todos los que durante su larga vida recibieron la gracia del Señor mediando él como instrumento; los cuales, como ya se dijo, fueron muchos, según puede





también inferirse por la cantidad de condolencias remitidas. Deja en todos ellos y principalmente en su comunidad de San Benito de Luján los mejores recuerdos y un fecundo legado monástico.

